

El silencioso capitán San Martín

El 9 de marzo de 1812, desembarcan en Buenos Aires, Carlos María de Alvear y José de San Martín, dos hombres del ejército español reclutados en 1807 por los hermanos Rodríguez Peña para la Logia Lautaro de Cádiz.

Luego del fracaso de Lord Popham, la posición de Francisco de Miranda había variado por el endurecimiento de relaciones con el gobierno británico¹⁵.

«La guerra civil reina en España y ya no hay soberano —había escrito Miranda al Marqués de Rico Toro el 20 de julio de 1808—. Francia e Inglaterra se disputan la península, que será probablemente conquistada por los primeros. Es necesario evitar que se nos meta en el conflicto y que se lleve al continente colombiano (americano) las calamidades de la guerra. Guardémonos de tomar partida en esta querrela, pero aprovechemos de ella para liberarnos del extranjero.»

San Martín llegaba como jefe del operativo¹⁶, luego de unas semanas de entrenamiento teórico en Londres sobre el plan «Colombeia» cuya adaptación incluía el juramento logista de rigor: «Nunca reconoceréis por gobierno legítimo de tu patria, sino aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos, y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderéis por cuantos medios estén a vuestro alcance a que los pueblos se decidan por él.»

Con San Martín incorporado al ejército para formar «bajo los principios de la nueva táctica francesa de caballería» el Escuadrón de Granaderos a Caballo, la Sociedad Patriótica encontró la primera posibilidad de organizar un cuerpo de ejército moderno sin el chantaje saavedrista.

El recién llegado cuenta la ventaja de ser un desconocido para una derecha que empezaba a luchar por el espacio político que había dejado la caída de Saavedra. Martín de Alzaga creyó ver su gran oportunidad y ofreció a De Elío un golpe para «expulsar hacia Montevideo y otros puntos del país a los indios, las castas y los negros, para que no haya en esta capital un sólo individuo que no sea español europeo.»

La denuncia de un esclavo de Alzaga, abortó el complot el 20 de mayo de 1812, y la Sociedad Patriótica vió el momento de golpear. A pesar del poder que representaba y de sus relaciones con el saavedrismo, Alzaga acabará ante el pelotón de fusilamiento el 5 de junio de 1812.

Nada, sin embargo, planteaba la cuestión de fondo. «Al llegar a Buenos Aires —escribió Bartolomé Mitre sobre Alvear y San Martín— se encontraron con una revolución sin pueblo profundamente revolucionado, cuya vida estaba centralizada en la capital y con partidos embrionarios que sólo agitaban la superficie social.»

El carácter público de la Sociedad Patriótica y la formación secreta de la Logia Lautaro serán dos engranajes de poder político y militar para resolver el estancamiento de una revolución fantasmagórica, donde los políticos pactan y los militares pelean: la escuadra argentina deshace a la española en Las Piedras el 3 de septiembre y Belgrano en el norte desobedece las órdenes de retirarse hacia Córdoba, espera al gene-

¹⁵ Aunque las relaciones con William Pitt habían sido inmejorables desde 1790, el gabinete de lord Granville desaprobó lo actuado por Popham en 1806, en Buenos Aires y la derrota de Miranda en Coro, ese año, donde se habían perdido elementos británicos en un aventura sin éxito. La tensión llega al extremo de prohibírsele tener comunicación con las colonias y a pesar de sus relaciones con Canning se lo amenaza de expulsión de Inglaterra. Este es el marco en el cual Miranda había sido designado como grado 33 de la Logia Lautaro, Alvear con el 32 y Matías Zapiola con el 31.

¹⁶ En Londres, San Martín había sido designado como grado 33 de la Logia Lautaro, Alvear con el 32 y Matías Zapiola con el 31.

ral Tristán en Tucumán, lo derrota el 24 de septiembre y vuelve a hacerlo cuando el español retrocede hacia Salta.

Llegado el momento de la elección del nuevo miembro del Triunvirato, la derecha, apoyada en el grupo de los hermanos Sosa y los proveedores del ejército, plantea la candidatura del saavedrista Medrano, mientras la Sociedad Patriótica y la Logia Lautaro sostienen la de Bernardo Monteagudo. La noticia de la victoria de Belgrano llega a Buenos Aires el 6 de octubre y decide la situación.

El jefe de los Granaderos sale de la nebulosa. El 8 de octubre de 1812, apoya con las armas a la Sociedad Patriótica y entran al Triunvirato Nicolás Rodríguez Peña y Álvarez Jonte —hombres de la Logia y de la Sociedad—, y se acuerda con el grupo de Juan José Paso, hombre de Saavedra y los latifundistas.

El hecho tuvo resultados inmediatos: se dictan reformas económicas para detener el alza del costo de los alimentos, aumentar los impuestos a los españoles y expropiar a los contrarrevolucionarios. En lo militar se autoriza la compra de 6.000 sables y fusiles ingleses y norteamericanos.

La medida clave será la convocatoria a una Asamblea General Constituyente para comienzos de 1813, que resolviese una posición sobre las instituciones de España, en medio del debate entre los liberales constitucionalistas y el absolutismo de Fernando VII.

El Triunvirato reforzó un plan de operaciones militares que convalidó lo actuado por Belgrano con el Ejército del Norte: batalla final contra Tristán en Salta, alianza con las guerrillas de Güemes, y sitio a Montevideo, la única plaza efectiva que podía atraer aún un cuerpo expedicionario español.

En diciembre de 1812, el sitio forzaba a las unidades españolas a hostigar la costa del río Paraná utilizando su retaguardia libre. En enero de 1813, el Triunvirato destacó a San Martín en el refuerzo de la zona, aún a costa de perder su apoyo militar en Buenos Aires.

Conociendo el proyecto de reformas que la Sociedad va a presentar en la Asamblea, el grupo de Paso —como en abril de 1811— buscará el apoyo de los proveedores del Ejército representados por los hermanos Sosa.

En previsión de un golpe contra la Asamblea, San Martín volvió a Buenos Aires, y relevó a los Sosa del negocio, para garantizar el comienzo de las sesiones el 31 de enero de 1813.

El sitio de Montevideo, la contención de los españoles en el Norte y el reordenamiento militar, pusieron en coincidencia todos los factores para que la izquierda impusiese su plan a la Asamblea. En lo económico se decreta la creación de la moneda, el fin del mayorazgo y los derechos nobiliarios. En lo social se dispone la libertad de los hijos de esclavos y el fin del trabajo servil indígena. En lo político se vota por la libertad de imprenta y los derechos políticos restringidos y se llama a una Asamblea General para la declaración de la independencia. En lo militar se reafirma el carácter ofensivo de la guerra en los frentes de batalla.

San Martín demuestra los resultados de la reforma militar, cuando el 3 de febrero de 1813, deshace un intento de los españoles de penetrar en el territorio por San Lorenzo. Por primera vez en territorio argentino se utilizarán las tropas móviles y compactas de caballería, el ataque en batallón contra un ejército de línea y la alta movilidad de la tropa en combate¹⁷.

Consolidado el frente militar por la victoria de Belgrano en Tucumán, el 20 de febrero de 1813, estalló el problema político del poder dentro de la Logia entre San Martín y Alvear. «El vencedor de San Lorenzo —escribe Bartolomé Mitre— al trasladarse del campo de batalla al de la política, sintió que el terreno se movía bajo sus plantas.»

Alvear proyectaba un dictadura acordada con los caudillos del interior, y abrir tratativas con los británicos en caso de fracasar —como fracasaron— las gestiones diplomáticas con los liberales en España. Alvear era asesorado por los diplomáticos, con tendencias al pacto con los españoles como Valentín Gómez, por economistas como Hipólito Vieytes, latifundistas como Antonio Posadas y agentes de enlace con los británicos como Juan Larrea.

San Martín, por su parte, se oponía a salir de la forma del Triunvirato existente y avalaba una salida independentista.

Al fracasar el intento de colocar a San Martín al mando del sitio de Montevideo, Alvear buscará sacarlo del medio. El momento va a llegar con las derrotas de Belgrano en Vilcapugio el 1º de octubre y de Ayohuma el 14 de noviembre de 1813, que pondrán fin a la ofensiva del Ejército del Norte que había ocupado el Alto Perú en junio.

La Logia decide no perder en la fase militar lo ganado en lo político. San Martín es el único que puede garantizar la seguridad de la frontera Norte. Sus posibles sucesores, González Balcarce o Rondeau no presentaban posiciones políticas confiables. Belgrano había perdido.

Poco después de llegar a Buenos Aires, San Martín había escrito una suerte de manual mínimo de tácticas militares, para evitar nuevos desastres que, en realidad, significaban otra política, llevadas al plano de las armas.

Belgrano los aplica, pero aceptando que no entiende nada. «Me hallo de general, sin saber en qué esfera estoy; no ha sido esta mi carrera, y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación.»

La herencia militar queda al desnudo en la confesión que hace a San Martín después del desastre del 14 de noviembre en Ayohuma: «Somos todos militares nuevos, con los resabios de la fatuidad española y todo se encuentra, menos la aplicación y constancia para saberse desempeñar.»

Un asunto era traducir a Rousseau y escribir como Marat, y otra vencer con una tropa de miserables, como en Valmy.

Si la modernidad del neojacobinismo de Moreno no había tenido bases sociales, la organización militar napoleónica de San Martín en el Norte será huérfana de bases profesionales en un Ejército que en nada se distinguía de la concepción defensiva del enemigo.

¹⁷ San Martín combina la experiencia como jefe de guerrillas anti francesas en el Guadalquivir durante 1808, con las tácticas de caballería ligera napoleónica, oponiendo la movilidad en la batalla a la línea estática de los españoles. El resultado de San Lorenzo (150 argentinos contra 350 españoles) fue la demostración de otro tipo de ideología de guerra.

A diferencia de Granaderos, filtrados por la Logia, no había posibilidad de realizar un trabajo ideológico en un bolsón político saavedrista, donde los consejos de Belgrano de que «la guerra no sólo ha de hacerse con las armas, sino también con la opinión», parecían inútiles.

La guerra de guerrillas de algunos sectores del poder local como el de Juan Martín de Güemes no pasa del apoyo en batalla. Lo que alguna vez había sido la punta de lanza de la revolución estaba reducida a 600 hombres y 2.000 efectivos de milicias dispuestos a desertar.

«Yo tengo la desgracia de haber tomado el mando de un ejército derrotado, cuyos oficiales parece, no han escapado de las manos del enemigo para prepararle la conquista del resto de las provincias» —explica San Martín.

Su estrategia ofensivo-defensiva, entrará en colisión con la línea de Carlos de Alvear, fortalecida desde el 22 de enero de 1814, cuando asume el Directorio su tío Gervasio Posadas, con el apoyo de la Sociedad Patriótica, en acuerdo con algunos conservadores, que iba a permitir la amnistía a los saavedristas.

«La patria no hará camino por este lado del norte que no sea una guerra defensiva y nada más —escribe el 22 de abril de 1814, San Martín a Rodríguez Peña, consejero de Estado del Directorio de Posadas— para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Convénzase, hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará.»

Forzando sus relaciones con la Logia —comprometida en los planes diplomáticos de Alvear— San Martín presenta la renuncia al frente del Ejército del Norte, dando parte de enfermo el 25 de abril y viaja a Córdoba en espera de instrucciones.

Frente a un Alvear, que había logrado absorber a la Sociedad Patriótica dentro de la Logia e iba en ruta hacia el poder, San Martín era un hombre acabado que reclamaba un puesto de gobernador en Cuyo, en la frontera con Chile.

Presionado por las dos organizaciones, Alvear le envía el mandato de gobernador el 10 de agosto de 1814, donde parece ignorar que San Martín, había abierto comunicaciones con Godoy Cruz, dirigente mendocino de la Sociedad Patriótica, alarmado por la posibilidad de que la invasión española a Chile que se organizaba en Perú abriese la entrada al territorio argentino.

La posición de Buenos Aires ante la derrota de la revolución chilena en octubre de 1814, será zanjada por Posadas, con un diplomático retiro de tropas argentinas que demostró a británicos y norteamericanos, la disposición del alvearismo de no comprometer al país en una guerra continental.

Vuelve la reacción

Vencedor en Montevideo, y apoyado por la Logia y la Sociedad Patriótica, Alvear se hace del poder en Buenos Aires, el 9 de enero de 1815, dispuesto a pactar co